

PESADILLA EN CARAPACHAY

Andrés Racket

*Hic meus locus pugnare est et
hinc non me removebunt.*

Haroldo Conti

Las llamaradas, que se alzaban amenazando a la oscuridad de la noche desde unos tachos metálicos grandes puestos un poco por todos lados en la explanada vacía, debieron ser una advertencia para mí, que miraba a mi alrededor somnoliento y sorprendido, sin comprender dónde estaba. El fuego nunca trae buenas noticias. Lo sabía el vigía del palacio de Argos a quien le encomendaron durante diez años observar un punto en el horizonte en el que una gran fo-

gata, la última de una extensa serie de fuegos encendidos elevación tras elevación por otros tantos vigías, anunciaría la victoria en la lejana Troya. Ese fuego traía la noticia del pronto retorno victorioso del rey Agamenón a una ciudad donde todos aguardaban para matarlo en nombre de los muertos en la guerra. Guardián tras guardián, lo único que esperaba al rey era un cuchillo por la espalda. Hoy yo sé, como ese vigía, que las piras suelen ser funerarias, pero en aquel entonces era todavía joven; no leí los signos en la noche, sino que apenas miré inocentemente a mi alrededor, sin comprender dónde estaba.

Volvía tarde de la escuela y me había quedado dormido en el colectivo. En aquellos años iba desde Vicente López hasta Once en el 19 por la mañana muy temprano. Mis amigos –sobre todo el negro y mi novia de aquel entonces, la negra– vivían en las inmediaciones del Mariano Acosta, así que solía quedarme hasta tarde para pasar tiempo con ellos. En el camino de vuelta casi siempre dormía, pero tenía la capacidad de despertarme exactamente a tiempo para bajar en la parada de mi casa. No es una habilidad extraña: todos despertamos

de las pesadillas antes de morir. Esa noche, sin embargo, me quedé dormido.

El año anterior me habían expulsado de otro colegio más cercano a mi casa, por quilombero y por inadaptado. Recuerdo que mi padre fue a hablar con los directivos para intentar que me permitieran continuar estudiando allí. Esa tarde, mientras subía una escalera que llevaba a las oficinas de la dirección, apoyó una mano en la baranda de metal frío y vio allí, justo al lado de sus dedos, que comenzaron a apretar con fuerza como queriendo cerrarse en un puño, un pequeño cartel escrito con marcador indeleble por algún estudiante: “Racket judío hijo de puta”. El insulto estaba dirigido a mí, pero quien lo escribió no pensó posiblemente que el apellido le pertenecía también a mi padre judío y a nuestros familiares muertos en campos de concentración. Al pisar el último escalón mi padre ya no era mi padre. Quien recorrió los pasillos hacia la oficina que rezaba “Dirección” fue un guerrero oscuro, armado y enorme que marchaba pesada y enérgicamente bufando un aire venenoso. Al entrar, resplandeció de pronto envuelto en un halo solar y emitió con voz augusta palabras severas de justicia con una mano

elevada hacia los condenados. Quienes estuvieron en esa reunión renunciaron esa misma tarde a la dirección de la escuela. Nunca supe cuáles fueron las palabras de mi padre, pero yo tuve que cambiarme de colegio y, estando el año ya iniciado, el único lugar en el que conseguí una vacante fue en el lejano Mariano Acosta. Quizá esa batalla en la escuela fue un evento más de una serie ininteligible que abarca el asesinato de antepasados míos por el nazismo y el sueño pesado de esa noche en que no me desperté al llegar a Vicente López.

El colectivero me dijo que era el final del recorrido. Me lo repitió, porque a mí me costaba despertarme: “¡El fin del recorrido, pibe!”. Le pregunté confusamente dónde estaba, y si me podía quedar por allí para subirme a una unidad que saliera en dirección contraria. Me dijo que estábamos en Carapachay. “No hay más colectivos, pibe. ¡No hay más! No te podés quedar acá, pibe. ¡Te tenés que ir!”. Cuando bajé lo vi reunirse con unas sombras nerviosas que murmuraban en derredor de uno de los tachos prendidos fuego. A la confusión del sueño se sumaba la extrañeza por lo que decía el conductor: ¿qué significaba que ya no había más colec-

tivos? ¿Cómo era posible? Crucé la explanada vacía en dirección contraria, me metí por una calle oscura y caminé sin saber dónde iba. A medida que avanzaba terminé de despertarme y me calmé: cuadra tras cuadra, no se veía un alma por ninguna parte. Yo estaba perdido, pero el barrio estaba desierto; no había quien pudiera hacerme daño.

Unos minutos después fue adquiriendo forma desde la noche un hombre que caminaba por la vereda opuesta, de contextura enorme, tal vez de unos cuarenta años. Me acerqué y me miró con desconfianza; por aquellos años yo era de carácter más bien tímido, pero me veía salvaje, con el pelo muy largo y desordenado y la ropa desprolija. Le pregunté si sabía cómo llegar a la Avenida Maipú. Le expliqué que no tenía idea de dónde estaba, pero que si llegaba a la Avenida podía ubicarme y volver a casa. Cuando me escuchó recuperó visiblemente la tranquilidad y me dijo que sí, que apenas a una cuadra había una parada de una línea que él creía que todavía pasaba y que me dejaba allí. Luego me invitó amablemente a caminar con él, pues iba en la misma dirección. El hombre se veía tranquilo y agradable, así que acepté. Unos minutos después

me señaló un cartel de metal que indicaba que por allí pasaba un colectivo. Le agradecí. Se quedó conversando conmigo. Le mencioné, creo que dos o tres veces, que podía irse, que no hacía falta que se quedara, pero aparentemente estaba insomne y la compañía le simpatizaba. Pasó así alrededor de una hora de conversación fortuita sin que absolutamente nada atravesara esa calle. Finalmente, con toda tranquilidad, me dijo que era probable que el colectivo ya no pasara, que todavía faltaban horas hasta la salida del sol y, señalando una puerta en la misma vereda, exactamente frente a la parada donde estábamos: “Yo vivo acá. Tomate una Seven Up conmigo y más tarde salís cuando ya pase el bondi”. Con inocencia, pensando que solo se trataba de un hombre muy sociable, acepté.

Apenas se pasaba la puerta se ingresaba en un comedor que daba a una cocina amplia. En el comedor había únicamente unas sillas comunes y una mesa rectangular, barata, de fórmica, cubierta por un mantel plástico y descolorido. Me senté con la puerta de la casa a mis espaldas, en uno de los laterales de la mesa. Mi anfitrión me sirvió, como había prometido, una gaseosa que

buscó en la heladera, y se sentó en la cacerola a mi lado a charlar animadamente, con otra gaseosa y un vaso entre sus manos. Otras puertas daban acceso a otras habitaciones que no conocí.

Mientras me decía alguna cosa, el hombre –no recuerdo su nombre, pero sí que me contó que era plomero– puso con firmeza una mano sobre mi pierna, cerca de la entrepierna. Con sorpresa y esfuerzo, pues la mano se cerraba, lo empujé hasta que la retiró. Insólitamente siguió hablando como si nada estuviera sucediendo, se acomodó en su silla nuevamente y volvió a colocar la mano, ahora apretando con fuerza, en mi muslo. Comencé a insultarlo; me miraba como sorprendido. Elevé el tono de voz. Le dije que no me tocara. Se levantó de la silla e intentó agarrarme, ahora en forma directa y agresiva. Toda la simpatía que había mostrado hasta ese momento había desaparecido. Lo empujé con fuerza y comencé a correr mientras le gritaba, lo insultaba y le pegaba. Corrimos y nos cagamos a trompadas alrededor de esa mesa durante algunos minutos, no sé cuántos, pero yo era muy rápido y plástico para que lograra atraparme y él era grandote y torpe. Creo haber pateado

violentamente todas las sillas al paso, que seguramente se rompieron contra la pared. En algún momento nos detuvimos y nos miramos, cada uno a un lado de esa mesa. “¡Te voy a agarrar, pendejo hijo de puta!”, me decía, enorme y furioso. “Te voy a matar, pedazo de forro. ¡Agarrame y te mato!”, le gritaba yo. El otro manoteaba, me lograba atrapar por momentos, pero yo le pegaba, le daba con todo lo que tenía, con las manos, con la cabeza, se me quedaba prendido de la ropa y yo lo pateaba y le daba vuelta a la mesa y él venía de atrás y yo le gritaba “¡Hijo de mil puta! ¡Déjame salir! ¡Hijo de puta!”. A cada vuelta de la mesa pasaba delante de la puerta, pero no me acordaba, no había visto si él la había cerrado con llave. Detenerme e intentar abrirla era peligroso, porque si la puerta no abría el tipo me iba a alcanzar y no iba a estar la mesa en medio para defenderme. Yo sabía que si me acorralaba contra la pared no la contaba, así que pasaba la puerta de largo y seguía dando la vuelta.

De pronto el tipo se frenó, con cara de asustado. Creo que debe haber pensado que yo estaba gritando como un desenfrenado en medio de un barrio en que por la noche solía haber un silencio sepulcral. Se la esta-

ba poniendo difícil. Era muy posible que los vecinos estuvieran escuchando, que alguien se alarmara y llamara a la policía. Quizá en su cabeza esa habitación donde me tenía encerrado y quería no sé si violarme o matarme se pobló de oídos. Tal vez se dio cuenta, con algún rastro de conciencia, de que estaba privando de la libertad y agrediendo violentamente a un menor de edad. “¡Espera! ¡Espera que te dejo salir, pendejo de mierda!”. Se paró junto a la puerta y la abrió de par en par: “¡Salí, dale! ¡Andate, pibe!”. Yo miraba la puerta dese la otra punta de la habitación, pero él se quedaba al lado, justo al lado, y no se movía. “¡Andate, pelotudo! ¡Pero qué esperarás!”. Yo no sabía si me hablaba en serio o si me iba a agarrar al pasar, y empecé a decirle con bronca, mirándolo fijo, ya no con un grito sino con una voz potente y más oscura que quizá descubrí en ese momento, una voz y una mirada como peligrosas, que pueden dar miedo, porque los otros entienden en seguida que se pudrió, que se acabó la joda, una voz que se empezó a parecer ya más a quien soy ahora, un tipo tranquilo, pero que puede ponerse picante si hace falta, que te puede murmurar en el oído mientras te agarra de los pelos

un secreto que te haga temblar, que iba a pasar por esa puerta como fuera: “Yo paso y si me frenás, te mato. Mirá que yo voy a pasar. Correte que paso y no te movás, hijo de mil puta, porque paso igual”.

Cuántas veces hubo puertas con guardianes traicioneros después. Cuántas veces hubo puertas que me correspondía abrir, pero que permanecieron cerradas, puertas simuladas, puertas como promesas falsas, puertas cínicas, puertas hipócritas, puertas mentirosas que decían que se podía pasar, pero que solo dejaban pasar a algunos. Cuántas veces hubo elegidos para que los otros los miráramos pasar por esas puertas supuestamente tan democráticas. Cuántas veces vi pasar simpáticamente a los predilectos, a los caprichosamente selectos, en medio de la banalidad y la estupidez. Cuántas veces volví a descubrir esa voz, cada vez más firme, y volví a esa habitación. No soy yo un guerrero pesado y bufoso como lo fue mi padre aquel día cuando me expulsaron del colegio. Todavía hoy, que conozco sobre las palabras, no sé hacer sortilegios rigurosos para desolar a los injustos y abrasarlos en una hoguera de justa venganza. En mí corre más el barrio, que no se me nota, pero

el día que se nota es porque estás arriba del ring, campeón, y yo sé que arriba del ring pego fuerte. Las peleas ante esas puertas se pierden la mayor parte de las veces, pero ahora veo el brillo acuoso del terror en los ojos de los guardianes, ese pequeño respingo casi imperceptible, esa duda que los delata.

Me ven venir con inquietud. Ven en mi mirada y escuchan en mis palabras una furia turbia y barrosa. Se dan cuenta de que me pueden parar, pero saben que va a doler, que tiene un precio, que va a haber problemas, que voy a dejar un sello que dice acá hubo un quilombo. Y cuando te ven venir les decís, así como Perón le dijo un día al Pueblo que capaz había que llevar alambre de púas en el bolsillo para colgar a alguno que traicionara a la Patria, les decís, tranquilo y picante, con una miradita bien sabrosa, les decís correte mi amor porque te pateo la puerta, que acá tenemos derecho a pasar y no sea cosa que por privarnos del derecho tengamos un problemita, correte payaso y tranquilo, no nos pongamos nerviosos que no pasa nada, campeón. Ahí el tiempo empieza a pasar lento y pongo sin querer una sonrisa de loco porque me toma el cuerpo

un goce y un regodeo y se huele en el aire un carnaval funesto.

Nosotros nos trepamos por las paredes o les hacemos agujeros, prendemos fuego las puertas, pasamos y tiramos una bomba y que la atajen los elegidos. Los guardianes tienen armas que nosotros no tenemos y se envanecen de que por cada uno de ellos caen muchos nuestros, pero nosotros nos reímos de eso, porque somos muy superiores en número y porque somos amigos de la muerte. A cierta altura de la vida, si enfilamos para una puerta es porque vamos a dar pelea, a dejar claro que con las puertas no se nos miente y que algún día las vamos a destrozarnos a todas.

Un día lo voy a ir a visitar a Perón al cielo. Él también va a estar en la cabecera de una mesa, pero no me va a servir una gaseosa, nos vamos a tomar un vasito de sangre de traidor que tiene en unas botellitas de vidrio en la heladera. Voy a sentir el calor pegajoso en la garganta y le voy a preguntar con humildad: “General, ¿a usted le corre también ese latigazo por el cuerpo?”. Perón no me va a contestar; va a hacer un bamboleo robótico en cámara lenta sobre la silla y me va a regalar su sonrisa hipnótica. Después

me va a decir “¡Compañero!” y va a agregar una sarasa y yo voy a saber que le corre fuerte cuando somos malos porque somos justos. “¿Y dónde está Eva, General? ¡Justo que vine!”, le voy a preguntar con miedo a manchar con sangre las servilletas blancas y delicadas. Perón me va a confesar que, a la tardecita, si está aburrida, se vuelve murciélago y se va a la Recoleta a morder un ratito una yugular. Después me va a mandar a Vicente López en un Pulqui tirado por siete cóndores imperiales justicialistas en formación militar cerrada.

No se animó a frenarme y pasé corriendo a través de esa puerta hacia la noche de Carapachay. Se quedó quieto, se volvió estatua, se esfumó en el interior de esa casa mientras yo corría a toda velocidad cuadra tras cuadra y sabía ya que no podía agarrarme nunca más, que era libre, que me había salvado. No sé cuánto tiempo corrí ni cuántas cuadras. Miraba hacia atrás nervioso para ver si me seguía, pero no había nada detrás, solo la calle desconocida y oscura, hasta que vi una luz y después un cartel, y cuando me acerqué, una remisería abierta las 24hs. No mucho después estaba en mi casa. Creo recordar que no tenía dinero y desperté a mi

familia para que le pagaran al conductor, pero ya me sentía en territorio seguro.

En los días, semanas y meses posteriores, cuando recordábamos este suceso con mis amigos, me decían que yo sabía dónde vivía, que por qué no lo íbamos a buscar y lo cagábamos a palos. Nunca lo hicimos. Tengo la íntima certeza de que la casa, ese hombre, la parada de colectivo, quizá la calle misma, no existieron nunca, o lo hicieron apenas por un breve tiempo.